

Seudónimo: Macarena

**CUENTO N° 102**

**TÍTULO: SEÑORA MARÍA**

**SEUDÓNIMO: MACARENA**

**AUTOR: EDUARDO GUERRERO DEL RÍO**

## Señora María

Me dijo que se levantaba al alba, señora María. En invierno y en verano. Con frío y con calor. Y salía, casi en la oscuridad, con su carro a cuestas, a repartir los diarios en los días de semana, señora María. Y los fines de semana, además, llegaba con huevos de colores, aceitunas, paltas y queso del fundo, señora María. ¿Y ahora me dice, señora María, que piensa jubilar? ¡Qué quiere que le responda! Bien merecido tiene ese descanso, señora María, aunque no puedo negarle que la echaré de menos, señora María. ¡Pero parece que por la cara que ha puesto que lo de esa jubilación anticipada no es más que una tapadera a un problema más de fondo, señora María! ¿Por qué se ha puesto a llorar, señora María? Tenga confianza en mí, su casero de más de cuarenta años, tal como viste y calza, y cuénteme de qué trata todo esto y por qué reiteradamente, entre sollozos y balbuceos, menciona el nombre de Ruperto, señora María. Supongo que es su marido o su conviviente o como quiera llamarlo, señora María, que para eso yo soy abierto de mente y no le pediré la libreta de matrimonio, señora María. Ríase, señora María, que era una broma, solo eso. Véame a mí, señora María, que conviví con unas cuantas mujeres, rubias, morenas y pelirrojas (no a la vez, señora María, cómo se le ocurre, ja, ja, qué ocurrencia) y ahora estoy solo, viviendo bajo estas cuatro paredes a punto de derrumbarse. Pero no nos pongamos más tristes y dejemos de hablar de mis pesares, señora María, que eso más bien daría para un novelón de media tarde. A ver, entre, pase al living y siéntese en el sofá y le voy a traer un vaso de agua con bastante hielo, señora María. Pero siéntese, relájese, tome el agua y conversemos, señora María.

Seudónimo: Macarena

Parece que tenía sed, señora María. ¿Que el Ruperto qué? ¿Qué pasó con su marido? ¿Lo mató, señora María y lo enterró en el jardín, junto a sus queridas rosas y claveles, señora María? ¿Así de simple? Supongo que esto no es una broma de mal gusto, en el día de los inocentes, señora María, más bien algo macabra. Me deja con la boca abierta, señora María. A ver, espérese un poco, no siga adelante, que necesito servirme un whisky, también con hartos hielos, señora María. Un chivas, para que usted sepa, señora María. Vamos por parte. ¿Alguien más sabe que mató al Ruperto? Aparte del propio Ruperto, supongo. Perdona, señora María, este chiste malo, pero la noticia me ha tomado por sorpresa, pues nunca imaginé que me viniera con esta noticia, menos usted, señora María, ya que no todos los días va uno por el mundo matando a un marido o a una esposa, por más que se lo merezca más de alguno o de alguna, señora María. Es cosa de ver la tele todos los días, informándonos de homicidios y femicidios por doquier, a la vuelta de la esquina, aparte de eso de los bombazos, señora María, que ya uno no puede salir a la calle y usted, señora María, a altas horas con su carro a cuestas sin temor de que le vaya a pasar algo. Bueno, señora María, siga contándome. No es que sea copuchento, pero ya que ha confiado en mí, mejor es que termine su historia, señora María. Me dice que esto ocurrió el día lunes, es decir, hace dos días, señora María. Que después de repartir los diarios el domingo en la mañana, un poco más tarde que de costumbre, con su carro a cuestas, además, con huevos de colores y queso de fundo, llegó a su modesta casa ubicada en la población Esperanza, señora María (le iba a decir algo respecto al nombre de la población, señora María, pero me contuve

Seudónimo: Macarena

a tiempo, ya que lo encontré de mal gusto). Le llamó la atención encontrar la puerta de su casa (por darle algún nombre, señora María, no es que quiera faltarle el respeto) abierta, de par y par, y adentro los muebles caídos, dados vuelta, todo en desorden, como si hubiera pasado un huracán dentro de su propia casa, señora María. Entonces, se asustó, señora María, no era para menos, y temerosa fue entrando y dándose cuenta a cabalidad de lo que había ocurrido, es decir, de esa especie de invasión a la intimidad, señora María, y de inmediato se acordó del Ruperto, como usted lo llama, señora María, temerosa de que le hubiera pasado algo, ya que su marido o conviviente, o como quiera usted llamarlo, señora María, no tenía muy buenos antecedentes y, en más de una ocasión, lo habían venido a buscar los policías para llevárselo al cuartel, como ellos decían, señora María, por alterar el orden público, sin saber usted claramente en qué consistía estrictamente eso de “alterar el orden público”, señora María. Poco a poco, fue dimensionando la catástrofe, señora María, pero parece que su marido no estaba ya que comenzó a llamarlo primero despacio y luego a todo pulmón, y un torbellino la invadió y no supo qué había acontecido en realidad, solo que despertó al rato, creyendo que todo no era más que una horrible pesadilla, señora María, y una vecina, alarmada por sus gritos, entró a su casa a socorrerla, ya que ella creyó que la estaban asaltando, en el momento en que usted, señora María, tuvo una especie de sofoco o más bien desmayo o vahído, digamos las cosas por su nombre, señora María, aunque no sabe con certeza cuánto tiempo estuvo inconsciente, digamos que unos buenos minutos, y la vecina la hacía reaccionar o volver en sí con una yerbas medicinales,

Seudónimo: Macarena

pues parecía ser que era una especie de bruja, o algo así, como la llamaban, a la vecina, el resto de la población Esperanza, señora María. Y usted lo primero que hizo fue preguntar por el Ruperto, señora María, temiendo que le hubiera acontecido lo peor, es decir, que nuevamente se lo hubieran llevado los policías al cuartel, allá donde torturaban, de eso no le cabía la menor duda, por las huellas en el cuerpo de su marido o conviviente, el tal Ruperto, señora María. Que aunque ya no estábamos en época de dictadura, válgame Dios, señora María, aún existían reminiscencias de esas infames prácticas en cuarteles oscuros y hediondos y con olor a meado impregnado por las sucias paredes llenas de excrementos, señora María. Entonces, la vecina, de nombre Eufrasia, señora María, comenzó a relatarle lo que ella sabía, y era que justamente llegaron los guardianes de la ley en busca de su marido, el tal Ruperto, y viéndose este sorprendido alcanzó a arrancar por los tejados y perderse en la oscuridad de la noche, señora María. Ya repuesta del shock inicial, gracias a las yerbas de la vecina más el saber que Ruperto no había caído nuevamente en manos de la policía, y después de despedirse de la señora Eufrasia, que quería seguir en su casa por mera necesidad de saber algo más el motivo por el cual el susodicho Ruperto era perseguido, cerró la puerta, y frenéticamente comenzó a limpiar y a ordenar el caos existente en su casa. Incluso, a cocinar unas lentejas con choricillo. Pasaron las horas, señora María, usted no podía dormir preocupada por el destino de Ruperto y sin saber si esa noche llegaría a casa, aunque lo más seguro era que no volviera por el temor de ser nuevamente descubierto. Poco a poco, fue en aumento gradual su inquietud, pues en realidad no sabía en qué estaría metido

ahora el Ruperto, si tenía algo que ver con eso de las bombas ya que el tema lo obsesionaba y cada vez que veía las noticias por la tele respecto a los atentados en el metro o en el barrio Yungay se ponía más nervioso que de costumbre, le alzaba la voz sin motivo aparente y comenzaba a beber como malo de la cabeza, ese pipeño cuyo olor quedaba impregnado por todos los rincones de la casa de la población Esperanza, señora María. No se dio cuenta, señora María, cuando los pajarillos comenzaron a gorjear indicando el inicio de un nuevo día, lo que significaba que debía ir a buscar los diarios para comenzar la repartición y se aprontaba a salir de su casa cuando el mismísimo Ruperto, todo sucio y con olor a pólvora y a vino rancio hizo su aparición en el umbral de la puerta, señora María. Como si nada, como si todo fuera más bien parte de una macabra broma, señora María. Y ahí comenzaron los gritos, con garabatos incluidos, señora María. Como si en realidad todo fuera más bien responsabilidad suya, señora María, algo así le dijo el Ruperto, el desgraciado del Ruperto. Hasta que todo se convirtió en una especie de circo romano, en donde la bestia de su marido (perdone que se lo diga), señora María, se le abalanzó para pegarle como en tantas otras ocasiones, señora María. Pero la acumulación de cansancio más la rabia por todas esas horas de desvelo, señora María, le dieron insospechadas fuerza para enfrentar el huracán y, sin darse cuenta, más bien por inercia, le dio un certero golpe en la cabeza con la sartén en donde había cocinado la noche anterior las lentejas para atender a su marido, señora María. ¡Las ironías de la vida, señora María! Pero no había tiempo que perder, señora María, así es que se puso manos a la obra y enterró al Ruperto en el pequeño jardín que daba al

Seudónimo: Macarena

al patio de atrás de su casa de la población Esperanza, señora María. ¡Qué quiere que le diga, señora María! ¿Quién soy yo para juzgarla? Solo su casero de más de cuarenta años que la echará de menos ahora que ha decidido entregarse a la policía, señora María. Sí, señora María, de ahora en adelante añoraré sus huevos, paltas, aceitunas y, sobre todo, el queso del fundo, señora María. Eso sí, esperaré con nostalgia su regreso, señora María.

////////////////////